

II. Desigualdad Social, Trabajo y Arquitectura

Las sociedades jerárquicas comúnmente se caracterizan, entre otras cosas, por su marcada diferenciación social. Dentro de las estrategias que se han considerado para comprender como se generan estas diferencias al interior de una sociedad, el control sobre la organización del trabajo es entendido como una estrategia efectiva a la hora acceder y mantener una posición de prestigio dentro de la sociedad.

El trabajo invertido puede ser cuantificado, pudiendo ser comparado entre diferentes actividades, para aportar a la comprensión de la estructura sociopolítica y económica de una sociedad (Abrams 1989), convirtiéndose en un medio importante por el cual nos podemos aproximar, desde la arqueología, a la organización del trabajo en el pasado. Particularmente, el trabajo invertido en la construcción de distintas clases de asentamientos puede ser considerado un indicador importante de la organización social, en tanto podemos pensar al acceso y control de la fuerza de trabajo como un diferenciador social.

Desigualdad social

Como se mencionó la desigualdad social es una de las características de las organizaciones sociales comúnmente han sido llamadas jefaturas, señoríos, cacicazgos, etc. Estas se caracterizan por una organización centralizada, socialmente estratificada y con

rangos sociales hereditarios (Arnold 1993; Brumfied y Earle; Earle 1987, 1991; Gilman 1991).

Existen diferentes modelos que intentan explicar el surgimiento de sociedades estratificadas, algunos de estos enfatizan o se basan en el desarrollo económico, administración de recursos, situaciones de stress, presión demográfica, situaciones de violencia, cambios internos referidos a acciones llevadas a cabo por agentes individuales o grupos diferenciados que controlan la ideología, recursos, etc. (Arnold 1993; Brumfied y Earle; Earle 1987, 1991).

El último de estos modelos, aquel que se basa en el acceso diferencial a los recursos, es el que actualmente goza de mayor consenso por parte de varios investigadores, aunque existen diferencias en el énfasis de las estrategias que habrían sido elegidas. Principalmente los podemos dividir entre los que resaltan el control ideológico contra los que defienden el control económico, aunque en mayor o menor grado todos aceptan que el control sobre la ideología y economía habrían sido necesarios, mientras que las presiones del ambiente son consideradas factores que pueden generar oportunidades a los aspirantes a líderes para acceder a recursos de poder (Arnold 1993; Brumfied y Earle 1987; Earle 1987, 1991).

Earle (1991) considera que el desarrollo de desigualdades sociales no depende solamente del acceso a un recurso de poder, pues pueden existir muchos de estos recursos, sino que es más importante considerar la habilidad de un individuo o grupo para controlar ese poder. El líder debe ser capaz de excluir a otros del poder, lo que constituirá la base de las desigualdades entre grupos y personas dentro de la sociedad, más que el hecho de que existan recursos de poder en una sociedad. Asimismo considera que la habilidad de un líder consiste en transformar los inestables recursos de poder en otros más controlables.

Un aspecto muy importante de las sociedades jerarquizadas es que debemos recalcar que las elites manejan un sistema social utilizando la desigualdad para sus propios intereses (Arnold 1993, Earle 1991, Gilman 1991).

Es importante observar las diferentes estrategias utilizadas para tomar el control, que en muchas ocasiones pueden enmascarse, generando la idea de que los líderes están realizando un servicio al resto de la sociedad, ocultando de esta manera la explotación que realizan, y tratando en todo momento de establecer medios más estables de explotación (Gilman 1991).

El proceso de institución formal de la diferenciación social no es un proceso pasivo. Las desigualdades se basan en la explotación de unos sobre otros y el proceso por el cual un individuo o elite adquiere el poder necesario para imponer sus decisiones no se habría desarrollado sin resistencias (Andrade Lima y López Mazz 2001).

El trabajo

Dentro del contexto de los diferentes estudios sobre las organizaciones jerárquicas, y con especial énfasis al tratar la desigualdad social inherente a estas sociedades, algunos autores han comenzado a considerar el control sobre el trabajo como una de las estrategias que posibilitó el acceso al poder y su mantenimiento. Unos, incluyéndolo dentro del conjunto de estrategias económicas (Brumfield y Earle 1987; Earle 1987, 1991; Gilman 1991); otros diferenciándolo de otras estrategias económicas y revistiéndolo de una importante significancia (Arnold 1993, 2000; Andrade Lima y López Mazz 2001).

Lo argumentado anteriormente toma fuerza si consideramos que hasta la revolución industrial el principal límite a la producción parece haber sido el trabajo, y que el control sobre él requirió que las elites gobernantes retuvieran el consenso a través

de la respetabilidad, alcanzada mediante una ideología que legitima la explotación de un grupo sobre otro (Earle 1987).

El estudio del trabajo fue abordado de diferentes maneras, con distintos puntos de vista y sobre la base de diferentes datos y metodologías de investigación, relacionado con el tipo de tecnología que se estuviera tratando. Muchas veces este tema no es considerado bajo el concepto “trabajo”, sin embargo diferentes análisis referidos a especialización artesanal, costo beneficio, etc., muy comunes en la literatura arqueológica, de una manera u otra están haciendo referencia al trabajo.

La tecnología ha sido objeto de estudios en donde el grado de complejidad tecnológica es comúnmente usado como evidencia de una tipo organización particular de la producción o el grado de complejidad en la organización social (Costin 1991, Costin y Hagstrum 1995).

Generalmente, se considera que la especialización artesanal es una forma de organizar la producción, que está asociada al incremento de la complejidad social y genera diferencias al interior del grupo social. Los atributos que se utilizan para determinar la existencia de una especialización en la producción generalmente son: la inversión de trabajo, la estandarización y la destreza. Cuando hablamos de productos realizados por especialistas, estamos observando algunas de las pautas que rigen la organización del trabajo en una sociedad (Fabra 2002). El especialista realiza un trabajo específico y el tiempo que éste ocupa en su trabajo, parcial o totalmente, debe ser cubierto por otros individuos en tareas de subsistencia. En otras palabras, debe existir algún grado de excedente de la producción de subsistencia, para poder mantener a un artesano.

Con la tecnología lítica, sobre todo cuando no es trabajo artesanal, sino la confección de herramientas, el trabajo ha sido abordado de manera diferente (Torrence

1989). La mayoría de las veces se analizan estrategias de costo-beneficio que aunque frecuentemente no se observan las implicancias sociales del trabajo, éstas existen. El costo y el beneficio son dos variables que se toman para analizar una determinada herramienta, y ambas tienden al equilibrio entre ellas para que el instrumento sea considerado óptimo.

El trabajo y el tiempo que se invierte en la procuración de materias primas de buena calidad, talla adecuada del instrumento, etc.; se espera que prolongue la vida del instrumento y sea más efectivo a la hora de realizar tareas específicas, procurando un beneficio mayor en el trabajo y el tiempo que aquellos invertidos en un principio; sin embargo la opción óptima tal vez sea la contraria: invertir poco tiempo y trabajo en los gastos y realizar instrumentos generalizados que fácilmente pueden ser reemplazados o modificados (Boydston 1989; Nelson 1991; Torrence 1989).

Como observamos, los estudios que de una u otra manera están analizando el trabajo, toman al tiempo como una variable fundamental para comprender la organización laboral.

Es necesario comprender que el tiempo es un aspecto inseparable del trabajo, sobre todo cuando analizamos la organización del mismo en una sociedad antes de la Revolución Industrial. Esto es porque antes de la invención de la máquina a vapor y la industrialización, la única manera de acortar el tiempo de un trabajo era utilizando más trabajadores al mismo tiempo en una misma labor. Por supuesto, si esta no es una actividad que genere productos de subsistencia, mientras más trabajadores se utilicen en una actividad para acortar el tiempo de trabajo, más excedentes serán necesarios para cubrir el tiempo que estos trabajadores no están abocados a procurar su subsistencia.

Sin embargo lo expuesto no es tan directo, pues la organización de determinados trabajos que demandan muchos trabajadores pueden realizarse en períodos en que las

actividades de subsistencia no requieran mucha gente trabajando. Como observamos aquí, el tiempo se convierte en un aspecto importante, no solamente en relación con el tiempo que se requiere para realizar un trabajo, sino también en el momento en que este va a ser ejecutado para que no perjudique otras actividades; y de esta manera se optimice la fuerza de trabajo disponible. Esto se logra con una marcada organización de las actividades de una comunidad a lo largo del año.

La arquitectura

La arquitectura es ideal para analizar poblados, patrones demográficos, urbanización, organización sociopolítica. A diferencia de otras tecnologías, la arquitectura es altamente visible y durable, lo que la ha convertido a través del tiempo en un medio efectivo por el cual comunicar expresiones sociales, políticas, económicas, ideológicas y simbólicas (Abrams 1989).

El análisis espacial de la arquitectura es un indicador excepcional para identificar sociedades jerárquicas y, posiblemente por ello, uno de los más utilizados. En sociedades jerárquicas los jefes son directores centrales, y la centralidad es el indicador más claro de este tipo de sociedades (Earle 1987).

Los modelos de lugar central y análisis de tamaño-rango son unos de los frecuentemente utilizados para interpretar patrones de asentamiento de sociedades estratificadas. Estos modelos se basan en el supuesto de que los asentamientos se ordenarían en jerarquías, con un número grande de pequeños asentamientos y un número pequeño de grandes sitios. La relación tamaño-rango es la relación entre el tamaño del asentamiento en la región y su rango dentro de la jerarquía, en donde el más grande ocupa el rango principal (Williams 1993-1994; Hodder y Orton 1976). Como se ve, el tamaño del asentamiento es aquí la principal variable para diferenciarlos

(Assandri 2002, Assandri y Laguens 2003, Natri 1997-1998, Williams 1993-1994). En algunos casos la variable que se toma es la demografía del área, pero aquí también el análisis espacial del tamaño de los asentamientos de un área sigue siendo lo primordial (Natri 1997-1998).

Otros trabajos que analizan la arquitectura para observar relaciones sociales desiguales son los que se encargan de estudiar la organización interna de algunos asentamientos. Generalmente se basan en la morfología de las estructuras, técnicas constructivas, distribución interna de las estructuras, etc., por medio de las cuales se infiere una jerarquización interna de los asentamientos (Caro 2002; Gordillo 1991,1994; Tarragó 1987).

En estos análisis de la arquitectura aparentemente nos hemos olvidado del trabajo, ya que generalmente se lo toma como un supuesto, por lo cual creemos que es escasamente estudiado como parte de los objetivos de los trabajos. Por ejemplo, en los análisis espaciales el modelo de tamaño-rango lleva implícita la idea de que el asentamiento central de la jerarquía, el más “monumental”, es el que por ser el más grande supuestamente requirió la inversión de más trabajo.

En los estudios donde se analiza principalmente la disposición interna de las estructuras y la morfología de las mismas, se pone especial énfasis en las técnicas, las que teóricamente serían más complejas y por ende, requerirían más trabajo. Por ejemplo Gordillo (1994) infiere que para la construcción de la Iglesia de los Indios, fue necesario el control de los recursos humanos y ambientales, pues estima que fue necesario un trabajo comunal organizado y planificado para levantar el centro. Sus estimaciones de mayor inversión de trabajo se basan principalmente en la construcción de muros de aparejo regular, con lajas planas, que fueron seleccionadas y/o canteadas requiriendo un gasto de energía mayor. Infiriendo que la selección y canteado de

materia prima puede requerir un mayor esfuerzo, ahora ¿Realmente estos aparejos regulares y el uso de técnicas de mayor prolijidad en las estructuras representan una mayor inversión de trabajo?

El análisis de la organización del trabajo por medio de la arquitectura es prometedor dadas las características sobresalientes de la arquitectura para estudiar cómo se organiza una sociedad y la importancia de conocer el rol y valor del trabajo en una sociedad no igualitaria.

Consideraciones sobre el Trabajo.

Existe un cierto paralelismo entre el desarrollo de la diferenciación social y el control del trabajo, y es importante analizar el rol que tiene el trabajo durante períodos de cambio de una comunidad, sobre todo cuando la organización de éste es reestructurada de una manera tal que sirva a sectores de la sociedad para marcar diferencias y establecer desigualdades con otros (Arnold 1993).

En un primer momento, y de manera simple, podemos ver al trabajo como un proceso entre hombre y naturaleza. El hombre utiliza su propio cuerpo con el fin de apoderarse de materiales de la naturaleza, que se convierte en su “objeto de trabajo”. Para lograrlo interpone entre él y su objeto, determinados “medios de trabajo”, estos son las herramientas que utiliza (tecnología) o la naturaleza misma (Lumbreras 1984, Marx 1865). En otras palabras cualquier acción o práctica en la cual el hombre invierta su propia energía para producir algún cambio en la naturaleza puede ser considerado trabajo.

Pero esta primera definición a la que hemos llegado deja de lado justamente el aspecto que más nos interesa en la presente investigación: considerando solamente al

trabajo como un proceso entre hombre y naturaleza, no se mencionan las relaciones que se producen entre las personas en el proceso de trabajo (Lumbreras 1984).

En definitiva, podemos definir al trabajo de dos maneras: por un lado, como las actividades de individuos, solos o en grupos, que gastan energía para producir energía y, por otro, ver en el trabajo y el proceso de trabajo un fenómeno social que vincula a diferentes individuos en una sociedad (Silliman 2001).

Según Lumbreras (1984) las relaciones que surgen del proceso de trabajo son siempre relaciones de propiedad. La propiedad es la forma como el hombre establece sus relaciones con las fuerzas productivas en su conjunto. El proceso de trabajo es diferente dependiendo de quien mantiene la propiedad sobre el trabajo. Cuando el trabajo requiere su realización en forma colectiva, o sea que solo se logra producir a través de la cooperación multifamiliar, entonces pertenece a la comunidad; pero cuando nos encontramos ante una organización social estratificada, en donde la autoridad tiene la capacidad de organizar el trabajo colectivo, parecería que el trabajo pasa a ser propiedad de los líderes, pues si bien sigue siendo comunitario, al organizarlo, podríamos decir al manipularlo, aquellos se apropian de éste. Los líderes utilizan el trabajo comunitario para diferentes propósitos, que si bien se pueden enmascarar dentro de un interés comunal (como puede ser el culto, el mejoramiento de la tecnología agrícola, etc.), persiguen el beneficio de un sector de la comunidad. Como resultado del manejo del trabajo colectivo se generan situaciones donde determinados individuos adquieren y mantienen una posición de poder frente al resto de la comunidad.

Además al mismo tiempo que el trabajo puede ser utilizado como un mecanismo o medio de dominación y control social, puede ser un medio de resistencia por parte de los trabajadores. El trabajo se convierte en un ámbito de encuentro, donde diferentes

sectores de la sociedad se articulan y negocian (Silliman 2001), donde unos piden / exigen y otros otorgan, pero también resisten.

Estas relaciones de poder y la negociación diaria en la esfera de las relaciones de trabajo están presentes en todas las sociedades, ya sea al menos determinadas por sexo o edad. Pero el alcance del ejercicio de este poder es lo que varía, y surge en gran medida de la articulación entre las relaciones de parentesco y el control de no parientes (Arnold 2000).

Sin dejar de lado el ámbito ideológico, el control de una elite o grupo dominante de la sociedad sobre el trabajo del resto de la gente constituye la base de su poder. Sin embargo la organización del trabajo y la forma en que es apropiado por la elite difiere del grado de centralización política y económica de diferentes sociedades (Arnold 1993, 2000).

Una de las principales diferencias está en cómo se dan las relaciones en torno a la organización del trabajo. En otras palabras, quién tiene derecho sobre el trabajo de otros y cómo se legitima o sostiene este derecho (Arnold 2000).

En sociedades de pequeña escala con una economía predominantemente doméstica, las relaciones de poder que pueden resultar de la organización del trabajo no impactan con fuerza sobre la sociedad en su totalidad. Esto es porque el trabajo se organiza hacia el interior de la unidad doméstica, a través de diferenciaciones de edad y sexo; y puede pensarse que las diferentes unidades domésticas se sostienen económicamente con cierta independencia dentro del grupo social (Sahlins 1974). Este tipo de sociedades tiende a lo que Sahlins (1974) llamó economía subproductiva. Esto es porque al parecer, no se aprovechan todas las potencialidades económicas. La capacidad de trabajo está insuficientemente utilizada, no se usan los medios tecnológicos plenamente y los recursos naturales se dejan sin explotar. Esto no significa que el producto sea bajo,

todas las necesidades materiales de la gente pueden verse satisfechas con facilidad, aún cuando la economía se desarrolle por debajo de su capacidad.

Sin embargo, es en muy pocas ocasiones cuando la unidad doméstica por sí misma maneja la economía, puesto que ésta puede fallar con frecuencia en lo que a su aprovisionamiento se refiere. Las relaciones de parentesco unen diferentes unidades domésticas en un sistema más amplio y aseguran de esta manera la subsistencia de las familias, mediante lazos recíprocos de ayuda (Sahlins 1974). Además, hay que considerar que el parentesco sirve de base para una primera estratificación social. Las relaciones de parentesco constituyen unas de las primeras estrategias a través de las cuales una persona tiene derecho a utilizar la fuerza de trabajo de otras de manera renovable y no esporádicamente (Arnold 1993, 2000; Sahlins 1974).

El parentesco, a través del matrimonio o lazos de sangre, es una manera de contener el trabajo social. Los lazos de ayuda recíproca que crean las estructuras de parentesco permiten a una persona utilizar parte del trabajo social para diversas tareas (Arnold 2000). Así, los linajes, clanes, ayllus, y demás estructuras sociales que se basan en el parentesco tienden a intensificar la producción. Sin embargo, la capacidad de reclutar gente para el trabajo está limitada a la extensión del grupo de parentesco sanguíneo y a la habilidad del líder de incorporar al grupo personas que no tienen vínculos sanguíneos como parientes.

La escena de las relaciones sociales cambia cuando una elite se eleva por encima de los sistemas de parentesco (Arnold 2000). En este caso la elite puede disponer de una fuerza de trabajo mayor, libre de las relaciones de parentesco, esto es, libre en gran parte de los lazos de reciprocidad. Con esta fuerza de trabajo alimenta a un sistema económico que forma parte de la base de su poder y materializa la ideología que legitima su posición (De Marrais et. al. 1996), provocando una fuerte centralización en el poder.

La arqueología del Valle de Ambato.

La arqueología de los últimos años en el Valle de Ambato se preocupó principalmente por estudiar el tema de la desigualdad social (Laguens 2003). Estos estudios se basan principalmente sobre la cultura de la Aguada, definida por González varias décadas atrás (González 1961-64). Más allá de la definición de González de Aguada como una cultura homogénea que ocupa un área considerablemente extensa (Centro y Sur de Catamarca y la Rioja y Norte de San Juan) con variaciones regionales (González 1977, 1998), se caracterizó también a Aguada como resultado de un momento de Integración de carácter social e ideológico, de las antiguas sociedades del Formativo (Pérez Gollán y Heredia 1987, Pérez Gollán 1991).

Esta nueva sociedad integrada ideológicamente bajo un antiguo culto sur andino, generó cambios en la vida de la gente que habitaba el Valle de Ambato, promoviendo el ascenso de un grupo de elite que manejaba la nueva ideología, los contactos con otras regiones a través del control del tráfico de bienes de prestigio (Por ej. cebil, metal), concentrando de esta manera el poder en sus manos (Pérez Gollán 1991, 1994, 2000).

A partir de estas premisas, el principal trabajo en el Valle de Ambato se orientó a abordar como objeto de estudio a la desigualdad social, su origen y desarrollo (Laguens y Bonnín 2003). Obviamente el primer paso fue determinar si lo que denominamos Aguada puede ser considerado como una sociedad no igualitaria. Para resolver esta incógnita se han realizado numerosos estudios, enfatizando en cómo intervino la cultura material en este proceso que culminó con una sociedad desigual (Assandri 2002; Assandri y Laguens 2003; Caro 2002, Fabra 2002; Laguens 2002, 2003; Laguens y Bonnín 2003). Sumados a las investigaciones y avances recientes en el conocimiento de

Aguada en diferentes zonas o sitios (por ejemplo, Kriscautzky 2000a, 2000b; Kriscautzky y Togo 2000; Gambier 2000; González 1998; Gordillo 1994; Kusch 2000; Gordillo y Kusch 1987; Callegari et al 2000; Manasse 2000, Sempé 1998; entre otros) es posible hablar con cierto respaldo que Aguada, particularmente en Ambato, fue una sociedad con una organización que marcaba y mantenía diferencias entre sus componentes, más heterogénea que otras que la antecedieron en el mismo lugar.

Por otro lado se han propuestos algunos modelos que podrían explicar por qué dicho proceso aparentemente se inició en Ambato (Pérez Gollán et. al 1996 –97).

Los estudios realizados generaron un amplio conocimiento de la vida del valle durante el primer milenio de la era cristiana, incluyendo las sociedades Formativas que ocupaban el valle antes del surgimiento de la desigualdad social, como también los estilos de vida de la gente una vez producido el cambio. Ello permitió hablar, con un mayor respaldo, de que Aguada en Ambato fue una sociedad que marcaba diferencias entre los individuos y grupos de individuos (Laguens y Bonnín 2003).

El valle de Ambato fue el escenario de la formación de una nueva estructura socioeconómica e ideológica, resultado de transformaciones en el interior de las comunidades que habitaron la región. Alrededor del año 50 d. C. aproximadamente, nos encontramos ante la presencia de pequeñas comunidades que se caracterizan por su escasa diferenciación social, explotan una economía de producción para la subsistencia, con poco desarrollo de la ingeniería para mejorar el rendimiento agrícola (terrazas, canales, etc.), y una baja producción de excedentes. La producción de bienes materiales se organizó en el ámbito doméstico, con niveles bajos de especialización y sin marcadas diferencias en la inversión de trabajo (Assandri y Laguens 2003, Laguens 2003, Laguens y Bonnín 2003). Los asentamientos se organizaban alrededor de unidades domésticas dispersas, de pequeño tamaño, cerca o dentro de áreas dedicadas a la

producción, ubicadas generalmente en el piedemonte. La arquitectura no impactó fuertemente en el paisaje, pues fue de escala pequeña y de baja visibilidad (Assandri 2002, Assandri y Juez 1996-1997, Assandri y Laguens 2003, Herrero, y Ávila 1993, Laguens 2003).

La actividad religiosa se practicaba a un nivel doméstico, con la presencia de montículos para fines ceremoniales. Sin embargo, no existía una producción de bienes dedicados específicamente al culto, los materiales que se utilizaban eran los mismos de uso doméstico, indicio de que aún la actividad religiosa no estaba controlada por especialistas.

Aún no se han podido determinar con exactitud cuales fueron los motivos y los medios, pero hacia el siglo IV d. C. estas sociedades se transformaron. Transformaciones que se habrían producido con rapidez (González 1998; Laguens 2002, 2003). Es en esta época donde se registran evidencias de elaboradas prácticas rituales, como por ejemplo, las estructuras ceremoniales de la Iglesia de los Indios y el Bordo de Los Indios, estructuras testigos de una transformación en el ámbito religioso. El ceremonialismo ubicado en el ámbito familiar comienza a formar parte de la esfera pública. Este tipo de evidencia influyo para caracterizar las sociedades del valle de Ambato a partir del siglo IV como una sociedad compleja:

“Lo religioso que estaba instaurado a nivel aldeano probablemente manejado en forma doméstica, se reubica en la esfera pública. Esto podría entenderse como parte de la institucionalización de las desigualdades, estando el poder político-religioso concentrado en manos de menos gente” (Pérez Gollán et. al, 1996-1997, Pág. 122).

Los cambios que se produjeron en las comunidades formativas fueron tantos que éstas se transformaron radicalmente. Se puede decir que se configuró una sociedad más “compleja”, en el sentido de que hay un aumento de la diversidad y heterogeneidad

(McGuire, 1983); con una economía intensiva que sobrepasó los límites de la simple subsistencia y produjo la acumulación de excedentes necesarios para mantener un sofisticado culto. Se incrementó la población del valle, los roles sociales se diversificaron, finalmente aparecen en escena desigualdades políticas, sociales y económicas entre individuos y/o grupos hacia el interior de la sociedad.

Dentro de este contexto es de esperar que un sector de la sociedad tuviera control sobre parte del trabajo, y manipulase la organización del mismo para mantener y reproducir una estructura social que promoviese la diferenciación entre los individuos, como un medio más que refuerza la posición del grupo dominante.

En la presente investigación me propongo estudiar el trabajo en el contexto de diferenciación social que caracteriza a las sociedades que habitaron el valle de Ambato entre los Siglos IV y X d. C.